

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO



DIRECCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 23.

Sevilla.—Viernes 26 de Enero de 1900

AÑO XXIV.

Unión republicana

Nos consta de modo positivo que en la presente semana se celebrará en Madrid la junta de representantes de la proyectada unión ó inteligencia republicana, y que todos los miembros que la componen, por delegación de los diferentes organismos, están inspirados en el firme propósito de llegar por todos los medios á la ansiada concordia.

La Junta se constituye con los elementos siguientes: por la Fusión republicana, Azcárate y Muro; por el partido progresista, Carande, Ruiz Beneyán y Cabaña; por el mitin del 29 de Septiembre, Albert, Blasco Grajales y García Ladevese; por la Concentración democrático-republicana, Sol y Ortega y Rodríguez (D. Calixto); queda únicamente fuera del próximo concierto el Sr. Pi y Margall, aunque no el federalismo.

Las deliberaciones serán muy breves, á juzgar por nuestras impresiones, y estamos seguros que en la próxima semana podremos anunciar á nuestros correligionarios el suceso fausto de haber llegado á un completo concierto y á una perfecta inteligencia todas las fuerzas republicanas.

El Manifiesto que se dará al país abarcará dos extremos importantísimos: garantía de solucionar inmediatamente los proyectos de las Ligas de Productores y Unión Nacional, acometiendo con decisión el problema obrero, y afianzamiento de todos los problemas democráticos pendientes en la actualidad.

Se invertirá de todas las facultades á una Comisión ejecutiva permanente, compuesta de tres ó cuatro personas nada más, para realizar los trabajos adecuados á instaurar la República.

Hora era ya de que el partido republicano diera muestra patente de su fuerza moral y se presentara ante España como único factor capaz de llegar á la regeneración, por lo mismo que está libre de todo compromiso.

Agotados por el desprestigio los partidos y elementos que con el actual régimen han sido los causantes de la caída y de la deshonra, el pueblo y los elementos productores no pueden menos de ver con simpatía y con cariño cómo el partido republicano, unido, se apresta á librar la batalla para conquistar definitivamente, con sus ideales de justicia, libertad y progreso democrático, las aspiraciones del pueblo honrado, laborioso y trabajador, á la vez que ofrece resolver los problemas de reorganización y economías de las Cámaras y Ligas de productores, comerciantes, industriales y labradores.

Murmuraciones

El lance de honor concertado entre el señor D. Vicente Blasco Ibáñez y D. Fulano Fernández Arias, se ha resuelto á tiros.

El Sr. Blasco Ibáñez ha sido herido en una pierna.

Y después de esto... el Sr. D. Vicente Blasco Ibáñez seguirá siendo Blasco Ibáñez, el autor de *La Barraca*; y el otro... D. Fulano Fernández Arias.

Muy señor mío y desconocido señor.

**

Nada nos dicen de nuevo los últimos telegramas, si no es que á los anarquistas nos los arrojan de España, después de estar en presidio sin saber por qué allí estaban. Por si acaso son culpables á otra parte nos los mandan, ¡que la justicia española de esta manera nos trata!

**

En la isla de Cuba, por no querer nada de nosotros, no quieren ni la Lotería.

Lean ustedes el siguiente bando que han publicado los cerdos yanquis, como la prensa española los llamaba.

¡Verán ustedes qué cerdos más ilustrados!

«Cualquier persona que trajere ó hiciere traer á la isla de Cuba, desde el extranjero, por los correos ó por la Aduana ú otro medio cualquiera, como mercancía, ó como parte de equipaje, ó sobre las personas de los viajeros, con el

objeto de disponer de ellos, papeles, certificados ú otros instrumentos destinados á ser ó representar papeletas, opción á premios, participación, interés directo ó indirecto en la celebración de loterías, de las llamadas rifas ú otra empresa cualquiera que ofrezca premios dependientes ó suerte ó azar, ó anuncios de dichas loterías, rifas ó empresas, incurrirá en la pena de confiscación de dichos papeles, certificados, papeletas ó cualesquiera otros instrumentos que contengan anuncios; y será además castigado, por la primera infracción, con una multa que no excederá de 1,000 pesos (pesos fuertes 1,000), ó con prisión por un período que no pase de dos años, ó con ambas penalidades; y en la segunda y subsiguientes infracciones, por período que no exceda de cinco años.

El brigadier general, jefe de Estado Mayor, Adna R. Chaffee.

¡Así se gobierna y así se forman los grandes pueblos!

Y no con alharacas y músicas regias.

¿Con que cerdos, eh?

¡No son malos cerdos los que así los llamaban!

**

En Toledo hay un Colegio de Doncellas Nobles, manejado, administrado y explotado—¡no hay que decir!—por gente de iglesia.

Pues bien; de ese Colegio de Doncellas Nobles se dice:

«Se ha hablado mucho de las ingerencias gubernativas y clericales en ese centro benéfico para meter allí jóvenes que no tienen derecho, según los estatutos, lo que ha disgustado á las personas piadosas y á la ciudad entera.

Hoy se habla de unas cuentas que tienen mucha gracia.

El Ministro de la Gobernación las tiene ya aprobadas, aunque figuran en ellas partidas como ésta:

Carne para las señoritas durante el año pasado—15,000 duros!

Las señoritas son 22; luego debieran haberse comido cinco libras de carne al día cada una de ellas.... Ya pueden estar gordas, aunque alguien más engordará.

Doscientos setenta y cuatro reales diarios en carne, á tres pesetas diarias y algunos céntimos por señorita.... es mucha carne para que no se indigeste; ¡pero estos estómagos clericales son tan fuertes!

Las cuentas se han aprobado, porque aquella es casa manejada por curas y elementos clericales, que ahora están en alza y no conviene disgustarlos, sobre todo ahora que se trata de colar allí niñas burlando el reglamento.

Y viva la moral... vaticanista.

Que tire usted hacia abajo, que tire usted hacia arriba... todo lo que se roza con la iglesia es cuestión de dinero.

Y los estúpidos sin caer en la cuenta y haciéndoles la olla gorda.

Bien es verdad que, entre unos y otros, todo es valor entendido.

Tú robas, nosotros robamos, vosotros robáis, y todos robamos.

¡Y que nos perdone Dios, que bien se lo pagamos á sus ministros!

**

En el paseo del Duque, y en la puerta del teatro, por orden de la Alcaldía se han colocado paranjós....

De esta manera le paga nuestro Alcalde, al Empresario, los palcos que ocupan gratis él y los amigos varios

que van allí diariamente á aplaudir; *¡Al agua, patos!*

¡Y esos niños moralistas, eso: ¡ilustres zanguangos que á todas horas proclaman

nos están regenerando, ponen el caudal de Propios á satisfacer los gastos

que del bolsillo debieran por amor propio sacarlos!

—¡Con que á hacer economías!..

—¡Vayan ustedes al rábanol

¡Que os compre el no que os conozca, notables de tres al cuarto!

**

Alejandro Lerroux ha comenzado á publicar en *El Pueblo*, de Valencia, las *Sensaciones de un preso*, y cuenta que, convencido de que en España no iba á poder vivir á gusto, se puso á meditar dónde lo pasaría bien.

Y dice:

«Zola procesado, Zola perseguido en las calles, vejado en la prensa, escarnecido y condenado en los tribunales, fugitivo, embargado....

Este calvario de un justo secó mis ilusiones. Ya no se puede vivir ni en Francia.

Entonces dime á pensar donde iría yo, ave de paso por el periodismo y la política, á colgar mi pobre nido.

En Alemania, no. Odio el ruido estridente de los sables arrastrados y las espuelas resonantes.

En Inglaterra tampoco. Aborrezco á los ingleses.

Menos en Austria, vivero de príncipes locos y princesas cursis.

Italia no me conviene después de los horrores de Milán.

En Asia hace extragos la peste bubónica; en América la peste yanqui; en África la peste europea y en Oceanía, ¡qué queda, después de que han estado allí los frailes, Comenge y Primo de Rivera!

De modo, que resolví venirme á la cárcel.

Y.... hombre tenaz y testarudo, allí se llevó no sé cuánto tiempo, lo bastante para poder escribir esas *sensaciones* que nos anuncia, y que serán curiosas.

Doy palabra á mis lectores de seguir las paso á paso y de transcribirlas aquí, contando, desde luego, con la autorización del valiente periodista republicano, que ha hecho de su *El Progreso* un ariete formidable contra todos los tunos y bandoleros de la política militante.

**

No sé de dónde he recortado el suelto que copio á continuación; pero, sea de donde fuese, como es tan grato hablar de millones y millones, lo pongo:

«Ayer llegaron á esta ciudad, procedentes de la Sucursal del Banco de España de Gerona, y que van destinados al establecimiento central del mismo en Madrid, 2.000.000 de pesetas en plata.»

¡A Madrid, á Madrid!
Que no les falte cambio á los pobrecitos regeneradores.

¡Pobrecitos! ¡No los parta un rayo!

**

Dice el ilustrado publicista D. Alfredo Calderón:

«Aún no hace medio siglo, España era Jauja á los ojos de los españoles. Nuestro clima era el más dulce, nuestro suelo el más fecundo, nuestra fé la más sincera, nuestros sacerdotes los más virtuosos, nuestros sabios los más doctos, nuestra historia la más gloriosa, nuestro carácter el más firme, nuestras hembras las más hermosas, nuestros soldados los más intrépidos. Ser más que nadie en todo era nuestro lema.»

Total: ¡que hemos cambiado!
Ser menos que nadie en todo es nuestro lema.

¡Lo que hace medio siglo con Cánovas, Sagastas y Silvelas haciendo de carreros!

Aquí estamos atascados, aguardando un Polavieja que nos saque.

CARRASQUILLA.

Alcalde taurino

Buena ocasión para que viviese el maestro Juarranz y escribiera uno de sus inspirados y flamencos pasodobles con el título *Checa*. ¡Qué menos ofrenda puede hacerse á ese decidido campeón de la fiesta nacional, que parece haber lanzado desde su sitial el grito de ¡Viva la tauromaquia!

Al que nosotros contestamos con ¡Olé los alcaldes flamencos!

Y es más: nos lo figuramos con su chaquetilla de caireles, su pantalón de talle y sombrero de *ala planchá*, caballero en jaca andaluza, presidiendo la Comisión que allá en la dehesa de Tablada premie al cornúpeto de más libras y pitones. ¡Bonita figura!

Nos parecían tipos caricaturescos y fuera de la realidad los alcaldes de *Torsar por lo fino* y *Toros de puntas*, y ahora nos vamos convenciendo que son retratos fidedignos, copia real y verdadera.

Y para probarlo, ahí va una nota que se nos facilitó de la conferencia telefónica tenida por el Sr. *Checa* con el diestro de la *Algaba*.

«*Checa*.—¿Está ahí don *Algabeño*?
Algabeño.—En el mismo aparato. ¿Qué quiere usted?»

Checa.—Escuche con atención. Aquí hemos pensado—en esta su casa Ayuntamiento, que le ofrezco—dar una corrida de toros; y hemos pensado también contar con su concurso ó cooperación, ya que hoy está usted en el pináculo de la gloria, digo, de la fama, por obra y gracia de la prensa madrileña, que el año pasado le elevó á mayor altura que esa torre llamada Eiffel, desde cuyas alturas se domina el inmenso panorama de París y se ve correr el caudaloso Sena por la anchurosa campiña que riega y fertiliza....

Algabeño.—*Güeno*. No me he enterado de lo que me quiere decir.

Checa.—Más claro: que si podrá usted torear en esa corrida que se celebrará en el mes de Abril.

Algabeño.—Pa esas cosas se entiende usted con mi *apoderado*, que lo es el *señor* Mata. Él le podrá vender una *corria* de Clemente ú de *Adalt*.

Checa.—Bueno, entonces yo hablaré con ese señor y le explicaré mi pensamiento.

Algabeño.—Si en alguna otra cosa puedo serle útil, aquí me tiene á su orden. Y si *jace* *farta* una montera, una *espá* ó un capote *pres-taos*, lo mismo....

Checa.—Muchas gracias, don *Algabeño*; ya veré á su *apoderado*.

Después de esta conferencia, los concejales se reunieron en sesión y acordaron ayudar con entusiasmo al Alcalde en su empresa.

Y activar las economías para poder disponer de las 5.000 pesetas que son necesarias para premiar toros y tener en caja un remanente para las que se pierdan en la fiesta.

También nos dicen—aunque no respondemos de la veracidad de la noticia—que nuestro Alcalde taurino piensa reunir á los matadores de toros y ganaderos de reses bravas para que le ilustren en la materia.

Hospicio provincial ó el arca de Noé

LXIV

Esta casa benéfica, este establecimiento de caridad creado por la beneficencia pública y sostenido con los intereses provinciales, para refugio del desvalido y del huérfano, y entregado á las beatas para su cuidado y dirección, está convertido en una verdadera arca de Noé, á juzgar por los animales que en ella se encierran, animales que más suponen lujo que necesidad, animales que son de la propiedad de aquellas que se titulan hijas de la caridad, cuya congregación, como todos sabemos, fué fundada por un santo varón llamado Vicente de Paul.

Este santo varón, por más que hemos leído y releído su historia, no hemos podido encontrar en ella punto alguno donde se diga que era poseedor de bienes de fortuna, ni de cosa alguna que no dedicara á socorrer al necesitado, y mucho menos que se dedicara á criar animales para utilizar para sí sus productos.

En el Hospicio provincial siguen las beatas criando buena porción de vacas de leche, sus burras de leche, sus cabras de leche, sus gallinas, palomos, perros, gatos, etc., por lo cual se asemeja al arca de Noé, ó mejor dicho, á un cortijo, donde el amo y señor tiene de toda clase de animales, y no á un establecimiento que se sostiene de la caridad, la cual no puede permitir en manera alguna ese lujo de que hacen ostentación.

De nada carecen estas pobrecitas hijas de la caridad, como las llaman algunos, no sabemos si cándidos ó guasones; pero téngase en cuenta que todo cuanto poseen procede de la caridad, según ellas solas la entienden, y es debido todo á sus buenas trazas en administrar las casas de beneficencia, allí donde las está encomendada la administración.

Todos estos bienes ó efectos que poseen es un inconveniente grandísimo para que puedan desempeñar su misión tal cual para que fué creada esta institución, puesto que la beata de la leyenda todo lo hacía por Dios, mientras que la actual todo lo hace por avaricia y egoísmo, estando todo su ser más en lo temporal que en lo espiritual, pues fácilmente queda demostrado que todo el tiempo que invierte en ver sus vaquitas de leche, con sus crías, sus burras de leche, sus cabras de leche, sus gallinas, palomos, etc., etc., lo necesita para atender al cuidado de tanto desgraciado ser como se encierra en aquella casa llamada Hospicio.

No es solo el tiempo que pierde en recrearse en sus animales cuando están hermosos, sino cuando están enfermos, como hemos visto en muchas ocasiones á la Superiora horas y horas al pie de las vacas, enfermas ó paridas, ya pensando el modo de proporcionarlas los piensos, ya el modo de vender alguna, ya el de hacer algún cambio, ya el entenderse con la empresa de consumos; y á propósito, ya que hemos tocado á los consumos, vamos á publicar la siguiente versión, que ha llegado hasta nosotros:

Se nos ha dicho (y esto sin que la Superiora del Hospicio crea que lo hemos sabido por conducto de Llanos) que el martes 23 del actual se murió una cabra de parto; que la desolló el vaquero, que puso la carne en una espuerta, y que la piel la puso á secar.

Con esto probamos hasta la evidencia de que en el Hospicio no debe haber animales; porque además de ser un lujo para el que vive de la caridad, y un comercio que no se debe permitir, invierten el tiempo tan preciso en otras

cosas que no son de su ministerio, como, por ejemplo, en el caso presente, en que para cumplir con la ley han tenido necesidad de entenderse con la empresa de consumos para darles cuenta de la muerte de la cabra, y la rebajen del registro (si está registrada).

De lo que no han sabido darnos cuenta, es que cabra es la muerta, porque allí en la casa había una ó dos, pertenecientes á un señor de la calle; que especialmente una de ellas la crió el año pasado una vaca.

Como se ve, también algunos de la calle tienen animales en el Hospicio, por lo cual esta casa está considerada como bienes comunes entre las beatas y las personas que ellas quieren.

Si extraña todo esto, más extrañará que después de tener en la casa algunas vacas con abundantisima leche, burras de leche, cabras de leche, gallinas, palomos, todavía se consigne en el presupuesto una partida que se aproxima á cuatro mil pesetas, para leche, gallinas, huevos para enfermos, cuando estos desgraciados apenas si ven algo de esto por las enfermerías; y se nos ocurre preguntar lo siguiente: ¿No sabe el director que en la casa hay vacas, gallinas y huevos? Si lo sabe, ¿para qué consiente que se grave el presupuesto con esa partida? Porque á la verdad, á juicio nuestro, ó sobran las vacas, gallinas y palomas, ó sobran las 4,000 pesetas presupuestadas para este fin, á no ser que la Diputación esté conforme en que las vacas de la Superiora, gallinas y palomas, se mantengan con los desperdicios del Hospicio; que ella se aproveche de la leche, gallinas, huevos, etc.; que perciba el producto de las crías, que la paguen vaquero, que no paguen contribución, y todavía la regalen las cuatro mil pesetas del presupuesto.

De esta manera ya se puede ser beata, hermana de la caridad, superiora y todo lo demás; cuando los padres de la provincia son tan cándidos que les importa muy poco que las casas de caridad á su cuidado se hallen á la altura en que están, sin orden ni concierto, y, por tanto, desquiciadas; pues no fué este el programa del señor marqués de Esquivel.

UN AMIGO DE LAS BEATAS.

En el Transwaal

Se ha recibido en Londres un despacho fechado en el campamento boer del Norte del Tugela, en el cual hay algunos detalles de las jornadas del 20 y 21.

En la tarde del sábado 20 los ingleses empezaron á cañonear furiosamente las posiciones boers, protegiendo el avance de la infantería que marchaba en orden abierta.

Los boers rompieron el fuego y la acción continuó hasta las nueve de la noche.

Al amanecer del día siguiente se vió que el camino que habían recorrido los ingleses estaba lleno de muertos y heridos que se ocupaban en recoger las ambulancias.

En dicho despacho se dice que los ingleses forzaron la primera línea de defensas, pero que antes de llegar á la segunda tuvieron que retroceder, porque al mismo tiempo que la artillería hacía en sus filas grandes estragos, la caballería boer intentó envolverlos y cortarles la retirada.

Los boers confiesan que tuvieron muchas bajas, pero que fueron mayores las de los ingleses.

De este telegrama y de otros varios que se han recibido de procedencia boer se deduce que el avance de los ingleses es poco menos que ilusorio y que han cruzado el río é internándose en tierra por donde á los boers les ha convenido.

Estos siguen atrincherados en fuertes posiciones y han recibido grandes refuerzos de tropas orangistas.

En el War Office se ha recibido un despacho en el que se dice que si bien el general Warren ocupa una posición tomada á los boers á 1,500 metros de sus líneas, no puede precisarse el momento oportuno en que se ha de seguir el avance.

Este despacho ha causado gran inquietud, porque se presume que la situación de dicho general no es del todo satisfactoria y él mismo considera peligroso atacar á las posiciones boers que tiene enfrente.

The Times comenta con un pesimismo que se esfuerza en disimular las últimas operaciones de los ingleses en el Natal y pide calma y valor para esperar el resultado del ataque á las trincheras boers de Spionkop, de cuya toma depende el avance á Ladysmith, por ser dichas trincheras la clave de la poderosa línea militar del ejército transwaalense.

Estas noticias, los comentarios que se los añade y la reserva en que sigue encerrado el War Office, contribuyen á que la actitud del pueblo sea expectante ó más bien pesimista.

Todo el mundo concede gran importancia á las batallas que se han librado y se han de librar entre ambos ejércitos á orillas del Tugela, pero nadie disimula el mal efecto que producen los partes del general Buller, llenos de vaguedades y de promesas de un triunfo que á todas luces es muy problemático.

«¿Llegarán los ingleses á Ladysmith?» Tal es la pregunta que está en todos los labios.

Por lo pronto, los boers estiman que el clon de la guerra es Ladysmith, y han acumulado ante el ejército inglés lo mejor de sus tropas y excelente artillería, á las que dan mayor superioridad el terreno abrupto en que se han atrincherado.

Hé aquí las noticias que últimamente transmite el cable:

Londres.—Se ha sostenido un combate en la frontera de Orange.

Los ingleses se retiraron á Solppotein, donde continuó un terrible desafío con la artillería.

Aunque no hay noticia oficial, se dice que los ingleses fueron derrotados, perdiendo 4,000 hombres y 20 cañones.

Londres.—En el combate de Spionkop resultó gravemente herido el general inglés Woodgaes.

Londres.—Los boers continúan alrededor de Kimberley.

Dentro de la plaza se calcula que existan 14,000 personas, incluyendo entre ellas á 4,000 combatientes.

Londres.—Coméntase la toma de Spionkop, aunque se reconoce por todos que no constituye un triunfo definitivo.

Un boer prisionero declara que el llegar á Ladysmith costará á los ingleses un trimestre y numerosas vidas.

Londres.—Corren rumores respecto á la formación de un gobierno de defensa nacional.

Lo formarán Rosebery, Chamberlain y Devonshire.

Londres.—Los boers han extendido sus atrincheramientos hasta Drakensberg, estando soberbiamente preparados.

De actualidad

EL INDULTO DE LOS DE MONTJUICH

El Decreto de indulto consta de tres artículos.

Las penas de reclusión, cadena, presidio y cualquiera otra de privación de libertad que sufran en los presidios y en las cárceles los condenados en las causas seguidas en Barcelona por los atentados en la Gran Vía, en el teatro Liceo y en la calle Cambios Nuevos, se conmutarán por la de extrañamiento perpétuo ó temporal, según los grados de la pena.

Los ministros de la Guerra y de Gracia y Justicia oirán, si lo estiman necesario, á los tribunales sentenciadores, resolviendo las dudas que se susciten en la aplicación de esta gracia.

El indulto, que se otorga por la totalidad de la pena (principal y accesorias), alcanzan á todos los reos que sufran condena por delitos cometidos en el ejercicio de los derechos individuales.

El decreto garantiza lo que se ordena en el Código penal en las secciones primera y tercera, capítulo segundo, título tercero, de su libro segundo, no incluyendo en el indulto las acciones y derechos que competan á los terceros perjudicados.

HERIDO EN DESAFÍO

El lance entre Blasco Ibáñez y Fernández Arias se ha realizado en una finca de las cercanías de Madrid.

Representaban al primero Vinaixa y Estebanez, y al segundo Augusto Figueroa y el general Bernal.

Condiciones: á pistola, á veinte pasos y tres disparos simultáneos.

El primero escapóse á Arias.

Blasco renunció á disparar el segundo.

Fallóle á Blasco el tercero.

Resultó herido Blasco en el muslo derecho.

Herida superficial: extraído el proyectil: leve.

SAN EXPEDITO

Allá, un día del año 98, llegamos á la cueva de San Expedito, famosa por su milagria en Bretaña entera.

—San Expedito, San Expedito—decíanos el piadoso guía que nos acompañaba.—San Expedito, ¡grán santol pero ¡librenos Dios de San Expedito!...

Ibamos á interrogarle cuando se prosternó ante la renegrida imagen del santo y rezó breves momentos, llevándose al mismo tiempo ambas manos á los bolsillos con azoramiento presuroso y abrochándose su chaleco y sus anguatinas después, como si fuese á ser víctima de un robo.

Permanecimos en la gruta bastante más de una hora. Hay en ella abundantes y limpias fuentes, blando césped, frescor en todas las épocas del año, velada claridad que invita á la meditación ó al reposo.

A cada momento observábamos cómo se llenaba el santuario de peregrinos.

Era un continuado ir y venir de aldeanos que marcaban su paso por el claqueteo de los rudos suecos; de gentiles campesinas ó de temblorosas ancianas cubiertas con esas transparentes y blancas cofias de encaje, tan características del país bretón; de bulliciosos chichelos vestidos con traje de fiesta, luciendo rojos chalecos de paño con botón dorado y llevando en sus manos enormes paraguas azules de familia.

Sin exceptuar uno, cuantos llegaban hasta el Santo repetían las palabras de nuestro guía:

abrochábanse sus capisayos y chalecos, metían mano al bolsillo y con azoramiento miraban en rededor suyo. Cuando pasaban cerca de nosotros oíamosles murmurar la misma sentencia del guía:

—San Expedito, San Expedito, ¡bendito seas! ¡Librenos Dios de San Expedito!—Estábamos picados de curiosidad é íbamos á preguntarle al guía, cuando éste vino á nosotros y murmuró á nuestro oído:

—¡Librenos Dios de San Expedito! ¡Cuida do con los relojes, abrochársel ¡Ojo con las carteras!

¡Cielos! ¡Estábamos en Sierra Morena, en Despeñaperros, en el puerto de Arrebatacapas, en la corte de los milagros, ó en la milagrosa gruta de San Expedito? Soltamos la carcajada pensando en los adelantos que con el tiempo hará la religión cuando coloque á la entrada de santuarios y grutas el mismo cartel de los urinarios ingleses: «Brocharse; ojo con los bicpockets» (ladrones).

Pero nuestro guía no toleraba bromas. ¡Por el santo de Ploermel, por el perdón de Quimper, por la milagrosa Santa Uterina de Saint-Malo y por el Santísimo Falo del Finisterrel juraba que el Santísimo San Expedito, si bien era un buen santo, tenía también unas manitas de oro.

¡Oh, eso sí! lo había oído á su abuelo, á su padre, á su tatarabuelo, á su madre, al cura. Lo había visto mil veces. San Expedito tendía la mano cuando más descuidados se hallaban sus feligreses: rápidamente llevábasela al bolsillo, ya con un reloj, ya con una cartera, ya con un cesto de provisiones. Una vez que cierto devoto se resistió al despojo, dióle San Expedito tan tremenda bofetada, que no sanó en años.

—Otra vez—decía...—Y nos contaba mil y mil leyendas de esa Bretaña fantástica, sembrada de supersticiones romanas y de cuentos azules de la Edad Media, donde se cree todavía en trasgos, bichas, pajarracos y embelecos y se conserva el culto del Santo Falo, de ese signo de virilidad que aún adorna las casas de Pompeya, y gracias al cual llegan en España respetables señores á ministros de Hacienda.

San Expedito era el Santo protector de los ladrones; quitaba á unos, pero eso sí, era bueno, lo daba á los otros.

¡Singular historia la del San Expedito bretón, parecida á las de nuestros José Marías, Diegos Corrientes, á la de otros mil santos populares en el martirologio romancero español del bando lerismo!

Ese San Expedito fué—porque ya era hora de saberlo—uno de los santos más originales, despreocupados y frescos, que dieron lustre á Bretaña.

Allá en lo más tenebroso de la edad Media se apareció por los caminos predicando la caridad.

Era hombre de bastante ilustración y de algún dinero, elocuente, fogoso, desequilibrado, persuasivo, simpático, arrebatado. Delgado y barbudo—según se le representa en los cronicones viejos—ágil y ehiesto siempre, chispeantes sus ojos como el acero, lleno de vida su enjuto rostro de mártir, tenía poder bastante en su figura y en su palabra para enardecer á la gente ignorante.

Fué su divisa «desnudar á un santo y vestir á otro», y con ello logró en poco tiempo lo que llamaríamos hoy «reclamo». En un principio le seguían las gentes. Sitio donde iba, sablazo seguro. Al final de toda comida levantábase San Expedito y pedía á los comensales que «ahuecarran el ala» (según se dice hoy día irreverentemente en las piezas del género chico) y que vaciaran los bolsillos.

—Pero ese San Expedito—decían algunos... Y sin embargo, San Expedito se llevaba la bolsa llena.

En poco tiempo Bretaña se alzó en armas á favor de San Expedito. No había feria, ni fiesta ni alborozo donde San Expedito no apareciera con su insaciable bolsón.

—Pero ese San Expedito—repetían las gentes sencillas.

¡Y dale con San Expedito! Nacían como por generación espontánea, bandejas, platos, canastos para recoger dinero que luego daba á los pobres.

No había castillo, encrucijada, rincón, ni camino donde San Expedito no apareciera.

Seguía las caravanas de mercaderes, aparecíase por las chimeneas del castillo, cuando el gordiflón señor feudal reposaba en un sillón de cuero un buen trozo de jabalí. Halagaba á los de abajo hoy, y á los de arriba mañana. Y las gentes repetían:

—¡Pero ese San Expedito!...

Y San Expedito, en nombre de la caridad,

seguía desnudando á Bretaña entera.

Aquello era una plaga, una epidemia.

«Gran día el de hoy—dice un cronista de la

época.—¡Son las nueve de la mañana y aún no me ha pedido dinero San Expedito.»

En cierto pueblo bretón llegó á ponerse en las paredes un rótulo parecido á los que señalan las grandes inundaciones: «Hasta aquí llegó San Expedito.»

Como era partidario del amor fácil, en diferentes ocasiones le sorprendieron feroces maridos:

—¡Es la caridad!—repetía San Expedito. Gentes maleantes de la época tomaron el estribillo beatífico de San Expedito.

Cuentan las crónicas que, habiendo sido despojado de sus alhajas cierta noche un caballero de Quimper y se quejara con amargos gritos, respondieron los ladrones riendo:

—¡Es para San Expedito!

Nunca llegaba á la hora á parte alguna; olvidaba los beneficios y decía que la gratitud no rezaba con San Expedito. Una vez el señor feudal de la comarca, á quien odiaba su pueblo, tuvo guerras, fué vencido y despreciado por sus gentes.

La honra del país exigía su expulsión. San Expedito se opuso, porque San Expedito era capaz de tragarse sus convicciones y su país y su porvenir con tal de recoger en el bolsón ochavos.

Su ideal era que á todas horas, en todos los minutos, se hablara de San Expedito en Bretaña. Cierta vez pidieronle abrigos unos pobres que se morían de frío:

—Bien está—dijo.—Esperad á mañana que sea de día, para que todos sepan que quien os da es San Expedito.

Y los pobres se murieron de frío.

Algunos le censuraron su charlatanería, su afán de grandes festejos y comilonas. San Expedito sacaba á lucir su caridad.

Ni amigos ni enemigos tuvo cuando le convivio.

Murió santo.

En Bretaña llegaron á odiar la caridad de San Expedito, que lo autorizaba todo.

Pero se le venera hoy día en pórticos, santuarios, altares y retablos.

¡Bendito San Expedito!

¡Dios nos libre de él!

¡Adoradle!

Esto dijo nuestro guía bretón al terminar su leyenda y deslizó en nuestro oído la canción eterna:

—¡Bendita sea! Pero Dios nos libre de San Expedito.

Y se abrochó.

RODRIGO SORIANO.

Ciegos de todas épocas y de todos países

A MI AMIGO D. MANUEL FLORES (CIEGO)

XX Y ÚLTIMO

Transcurrieron algunos años, y, como antes dije, ganó el joven ciego la plaza de organista de Santa Ana en unas brillantísimas oposiciones, cuya plaza desempeña con admirable puntualidad y esmero.

Es D. Baldomero Chaves uno de los mejores profesores de piano de toda Andalucía, y ha hecho numerosos aprovechadísimos discípulos, de los que muchos son maestros también hoy día.

Todos sabéis que en el populoso barrio está la tauromaquia en auge, y que en barbería, tienda de montañés y taberna, se discuten las circunstancias de guapeza de los chicos que allí nacieron y se dedicaron al arte de Montes y Pepe Hillo. Son muchos los que, para no romperse los huesos en el trabajo, se metieron á toreros. Muchos de ellos llegan á ser solemnes maletas, que no sirven ni para ser ayudantes de matarifes; otros llegan á ser medianías en el oficio, tan medianías, que caen de golpe y porrazo en el montón anónimo; y, por fin, los menos llegan de colilleros á ponerse á sus pies la flor y nata de la chifladura aristocrática.

Pues bien; D. Baldomero es un aficionado por asimilación. El tener el vivero, el plantel de toreros alrededor de Santa Ana; el oír continuamente ensalzar las dotes de unos y criticar las malas faenas de otros, le hizo aficionarse á tal punto, que hoy descuellan entre los más entendidos. Un día, hallándose en el fuego de su discusión favorita, en la Taberna Honda, le dijo un paleto que no lo conocía, y que no opinaba como él:—¡Usted qué entiende de eso, si es ciego y no puede saber ni siquiera lo que es un toro!

—Está usted muy equivocado—respondió D. Baldomero—yo sé lo que es un toro, pues hace tiempo que para formarme una idea de lo que podía ser, tenté una vaca de leche, y descontando ciertos detalles de ésta y haciéndome cargo de otros, comprendí enseguida lo que es un toro desde los pitones hasta el rabo.

En otra ocasión, D. Baldomero y otro amigo suyo, ciego también, se quedaron con uno que disfrutaba de la vista, y era además un sablista de primera, sablista que daba la estocada, pero que nunca esperaba la respuesta.

Un día se presentó el tal, cuyo nombre no hago público ni viene al caso, á D. Baldomero, y le pidió un duro prestado por unos días; pero